



Comunicado de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Navi Pillay, en ocasión del 60° Aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos

(Traducción no oficial)

El 10 de diciembre se celebra el 60° Aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos, un breve documento único de 30 artículos que probablemente ha tenido mayor impacto en la humanidad que cualquier otro en la historia moderna.

Inmediatamente después del fin de la Segunda Guerra Mundial, los políticos, diplomáticos, periodistas, activistas, pensadores mundiales y, sobre todo, la población general, deseaban prevenir que una guerra tal volviera a suceder, lo que significaba atacar tanto sus causas como sus consecuencias. Estaban determinados a asegurar que nunca más hubiera otro Holocausto, y que todas las personas -especialmente quienes viven en pobreza, con hambre, las desplazadas y las marginadas- tuvieran en el futuro sistemas para apoyarlas y marcos legales internacionales para protegerlas.

Muchos de los tratados legales y de las instituciones internacionales más impresionantes del mundo, incluyendo las Naciones Unidas, se remiten a este periodo fértil de fines de los años 40, pero la Declaración Universal tiene un lugar verdaderamente especial.

Por primera vez, todos los derechos humanos – civiles, culturales, económicos, políticos y sociales –, fueron reconocidos como pertenecientes inherentemente a todas las personas, y no como regalos conferidos magnánimamente, o negados dependiendo del designio, la suerte o el capricho de los regímenes gobernantes.

Su enfoque visionario, aunque también estrictamente fundamental, está mejor ilustrado en sus propias palabras: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos... Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona... Todos son iguales ante la ley”. Después presenta una lista de derechos específicos, que van del derecho a no ser torturado, esclavizado o detenido arbitrariamente, pasando por el derecho a la libertad de opinión, de expresión y de religión, e incluye una serie de derechos sociales, económicos y culturales clave, tales como el derecho a la educación, el derecho a la salud y el derecho a igual salario por trabajo igual.

Todas las personas, enuncia la Declaración, tienen estos derechos “sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole...”.

Hoy en día, los principios establecidos en la Declaración tienen eco en las Constituciones y leyes de más de 90 países. Dedicados mecanismos internacionales,

regionales y nacionales, incluyendo la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y el Consejo de Derechos Humanos, con sus expertas y expertos independientes, han sido establecidos para monitorear, promover, proteger y desarrollar aún más los derechos humanos.

Alrededor del mundo, un número creciente de periodistas, ONGs y otras organizaciones de la sociedad civil, ejercen mayor y más efectiva vigilancia sobre la implementación de los derechos humanos por parte de sus gobiernos. La llegada del Internet significa que quienes desean abusar de sus ciudadanos a puertas cerradas, lo encuentran mucho más difícil de hacer, y quienes desean exponer dichos abusos, pueden hacerlo con mayor facilidad.

Sin embargo, para muchas personas, la Declaración Universal sigue siendo una promesa no cumplida, ya que el deseo político de los Estados de cumplir con sus obligaciones se mantiene lamentablemente detrás de sus promesas.

Existe el riesgo específico de que, conforme se desarrolla la crisis financiera actual, las personas y comunidades más pobres y más marginadas del mundo, podrían enfrentar una situación aún más terrible que la que enfrentan actualmente. La pobreza es tanto causa como resultado de violaciones a los derechos humanos, y tendremos que ser extremadamente vigilantes durante los próximos meses para asegurar que se mantengan o se promuevan programas de desarrollo y redes de seguridad social, a fin de que los efectos de la crisis no resulten desastrosos.

A pesar de todos los temores y las incertidumbres actuales, me siento estimulada por la gran atención que la celebración de todo un año del 60° Aniversario ha generado sobre el tema de los derechos humanos. Alrededor de todo el mundo, organizaciones voluntarias, instituciones, docentes, estudiantes, litigantes, personalidades políticas y medios de comunicación se han enfocado en la Declaración Universal y en la continuidad de su relevancia en el mundo actual. Sin embargo, no podemos detenernos aquí.

Aún estamos, a 60 años, muy lejos de alcanzar los objetivos planteados en la Declaración Universal. Ningún país del mundo puede relajarse y decir “ahí estamos”.

Diez millones de personas en el mundo aún no saben que tienen derechos que pueden demandar, y que sus gobiernos son responsables ante ellos y ante un amplio conjunto de leyes nacionales e internacionales. A pesar de todos nuestros esfuerzos en los últimos 60 años, este aniversario pasará desapercibido para muchas personas, y es esencial que mantengamos este *momentum*, facilitando así que más y más personas se levanten y exijan sus derechos.

Por esta razón, me complace que el año entrante haya sido designado Año Internacional del Aprendizaje de los Derechos Humanos, y quisiera instar a ministerios, instituciones, docentes, madres, padres y otras personas en posición de responsabilidad alrededor de todo el planeta, a tomar esta oportunidad para asegurar que la próxima generación tenga la mayor oportunidad para exigir lo que le fue prometido en ese documento extraordinario conocido como la Declaración Universal de los Derechos Humanos.